

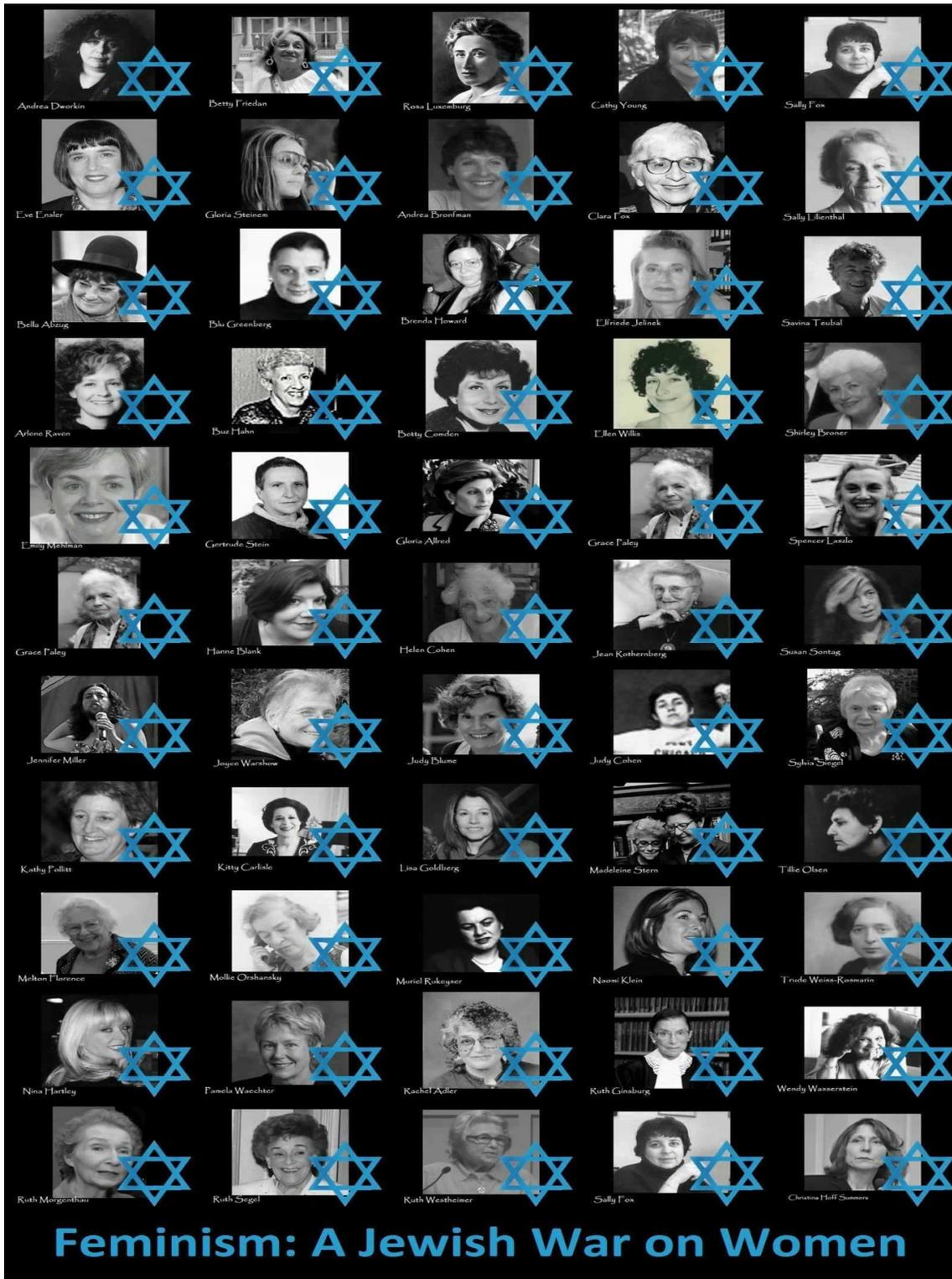
Más allá del Beta. Esto es lo que es un hombre feminista

[Contribución a los foros de JoS](#)

La imagen más probable posible del autor...



Los creadores e impulsores judíos del feminismo socialmarxista:



De este modo, mi autoimagen masculina se estiró pero no se rompió. A pesar de la bolsa de pañales a pesar de todo, seguía siendo un hombre. No fue hasta que mi mujer mencionó una noche que había besado a otro hombre, que le había gustado y que quería hacer algo más que besarse la próxima vez, que me di cuenta de que mi condición de hombre dependía de un único hecho: que mi mujer sólo follara conmigo.

Cuando la gente me pregunta cómo empezó, digo lo siguiente: Nos casamos jóvenes. Ella había tenido sexo antes que yo, pero sólo con un puñado de personas un puñado de veces. Nunca tuvo un novio, nunca tuvo un amante. Yo fui el primer hombre que tuvo la oportunidad de conocer íntimamente. A mediados de los 30, habiendo ya tenido a nuestros hijos y entrando en su plenitud sexual, sintió profundamente su falta de

Es como si este friki estuviera desesperado por presumir de lo increíble que es por haber sido cornudo. Tú sabes que esto es sólo una cosa de una manera. Este es tu cerebro en jooz.

<http://nymag.com/thecut/2015/07/what-open-marriage-taught-one-man-about-feminism.html>

Mientras escribo esto, mis hijos están durmiendo en su habitación, Loretta Lynn está en el estéreo, y mi esposa está en una cita con un hombre llamado Paulo. Es su segunda cita de la semana y la cuarta del mes. Si le va como a las otras, llegará a casa en mitad de la noche, se meterá en la cama a mi lado y me contará cómo se acostó con Paulo. No explotaré de rabia ni me herviré de resentimiento. Le diré que es una historia caliente y que me alegro de que se divertiera. Es excitante porque ella está excitada, y yo me alegro porque soy feminista.

Antes de que mi mujer empezara a acostarse con otros hombres, sí que me consideraba feminista, pero en realidad sólo lo entendía en abstracto.

Cuando dejé de trabajar para quedarme en casa con los niños, empecé a entenderlo a un nivel totalmente nuevo. Soy un ama de casa económicamente dependiente que se enfrenta al agotador trabajo de criar a sus hijos. Ahora que comprendo la realidad de esa situación, no culpo a las mujeres por exigir para sí mismas algo más que la vida del ama de casa.

Aun así, como hombre, podría, si quisiera, presentar lo que hago como "trabajo", y reclamar así para mí el prestigio que los hombres obtienen tradicionalmente del "trabajo". Siempre que le digo a alguien que me quedo en casa con los niños, invariablemente me dicen: "El trabajo más duro del mundo". Lo dicen porque la única manera de explicar que un hombre se quede en casa con los niños es decir que lo que hace es un trabajo duro. Pero hay un subtexto en el cumplido que lo hace solapado: Ambos sabemos que nadie se lo dice a una mujer. Las madres cuidan; los padres cuidan. La diferencia es crucial. A pesar de mi total retirada de la economía y de las fuentes tradicionales de la identidad masculina, todavía puedo decir que soy un proveedor. Proporciono cuidados.

De este modo, mi autoimagen masculina se ha estirado, pero no se ha roto. A pesar de la bolsa de pañales a pesar de todo, seguía siendo un hombre. No fue hasta que mi mujer mencionó una noche que había besado a otro hombre, que le había gustado y que quería hacer algo más que besarse la próxima vez, que me di cuenta de que mi condición de hombre dependía de un único hecho: que mi mujer sólo follara conmigo.

Cuando la gente me pregunta cómo empezó, digo esto: Nos casamos jóvenes. Ella había tenido sexo antes que yo, pero sólo con un puñado de personas un puñado de veces. Nunca tuvo un novio, nunca tuvo un amante. Yo fui el primer hombre que tuvo la oportunidad de conocer íntimamente. A mediados de los 30, después de haber tenido a nuestros hijos y entrando en su plenitud sexual, sintió profundamente su falta de experiencia sexual. Por suerte para mí, estaba dispuesta a hablar de ello, dispuesta a preguntarme si estaría abierto a explorar otras opciones. Abrimos una botella de vino y empezamos a hablar, hablar y hablar.

No me lo planteó como una cuestión de feminismo, pero después de mucho meditar sobre por qué me molestaba la idea de que mi mujer tuviera relaciones sexuales con otros hombres, llegué a algunas conclusiones: La monogamia significaba que yo controlaba su expresión sexual y, para no ponerme a hacer estudios sobre la mujer, la opresión patriarcal se reduce esencialmente al miedo del hombre a que una mujer con capacidad sexual sea una mujer que él no puede controlar. No tenemos miedo de su intelecto o de su espíritu o de su capacidad para tener hijos. Tenemos miedo de que, a la hora del sexo, no nos elijan a nosotros. Este miedo mezquino nos ha llevado como cultura a emitir juicios sobre todo el espectro de la expresión sexual femenina: Si a una mujer le gusta el sexo, es una puta y una zorra; si sólo le gusta el sexo con su marido o novio, es aburrida y coja; si no le gusta nada el sexo, es frígida e insensible. Cada opción es una trampa.

El feminismo siempre vuelve al sexo, incluso cuando hablamos de todo lo demás. No se trata de que todas las mujeres deban ser aventureras sexuales. El celibato es una expresión tan válida de la sexualidad como el libertinaje. El punto es que deben ser las mujeres las que elijan, no los hombres - incluso los hombres con los que están casadas. Para mi mujer, la elección entre honrar nuestros votos y satisfacer sus deseos era una falsa elección, otra trampa. Ella sabía lo profundo que era nuestro amor, y sabía que el hecho de que ella deseara una variedad de experiencias sexuales mientras viajábamos juntos por la vida no disminuiría ni interrumpiría ese amor. Yo también tardé unos seis meses -muchas conversaciones largas e intensas y un océano de vino tinto- en darme cuenta.

Cuando mi mujer me dijo que quería abrir nuestro matrimonio y tener otros amantes, no me estaba rechazando, se estaba abrazando a sí misma. Cuando lo entendí, por fin me convertí en feminista.

Eso fue hace dos años, y hoy nunca hemos sido más felices, más compenetrados, más unidos, más fuertes. El poder al que renuncié no lo

echo de menos. No lo recomendaría a todo el mundo, pero le digo a todo el mundo que a nosotros nos funciona.

¿Cómo funciona? Nos turnamos para salir. Como tenemos niños pequeños (de 6 y 3 años), uno de nosotros se queda en casa. (No nos gusta recurrir a canguros porque nos imponen un toque de queda; preferimos salir sin restricciones que preocuparnos por convertirnos en una calabaza a medianoche). Pasar de salir solo a salir con otras personas fue una transición fácil. Funciona en ambos sentidos y, sí, yo también disfruto de carta blanca sexual. Sólo que no uso la mía tanto como mi mujer usa la suya. Lo importante es la igualdad de oportunidades, no el resultado.

¿Qué se siente? Sienta muy bien... casi siempre. La mayor parte del tiempo, se siente como una forma madura y responsable de abordar nuestras necesidades y deseos dentro de nuestro amoroso y mutuamente solidario matrimonio. Es una sensación muy adulta, sobre todo porque depende de una comunicación abierta y honesta. Estamos muy orgullosos de todo lo que hablamos. Conozco a mucha gente que dice que nunca se casará porque no quiere divorciarse, y escucharlo siempre me entristece, porque se están apartando de la posibilidad de la magia que se produce cuando dos personas comparten sus vidas. La gente no se divorcia porque ya no soporta compartir; se divorcian porque sienten que no pueden compartir lo suficiente. Nunca olvido que mi mujer es una persona en sí misma, un individuo completo y dinámico, y aunque estemos juntos, no somos uno. Con demasiada frecuencia, las personas quedan atrapadas en los papeles de marido y mujer, y se abre un abismo entre lo que creen que deberían ser y lo que realmente son. Abrir nuestro matrimonio nos ha permitido cerrar esa brecha, de modo que la persona a la que yo llamo "esposa" es la misma que mi mujer ve en el espejo. Mentirse empieza por mentirse a uno mismo, y ahora no tenemos que mentir a nadie.

Por supuesto, hay momentos de celos, resentimiento e inseguridad. Hace poco, mi mujer tuvo una cita y se quedó dormida en su apartamento. No sabía nada de ella desde las 10 de la noche, y a las 6 de la mañana aún no había llegado a casa. Mis mensajes de texto quedaron sin respuesta y mis llamadas fueron al buzón de voz. Se me formó un nudo de terror en el estómago mientras imaginaba todo tipo de situaciones terribles y me daba

cuenta de que no sólo no sabía dónde estaba, sino que no tenía ni idea de con quién estaba. Me imaginé yendo a la policía y diciendo: "Creo que está en Red Hook con un tipo llamado Ryan. No sé su apellido, pero creo que es diseñador gráfico". No sé si hay una palabra para la mezcla única de terror agudo y vergüenza imperdonable que sentí esa mañana... imaginando que había perdido a mi mujer por Ryan, el tal vez diseñador gráfico. Cuando finalmente me envió un mensaje de texto a las 7:30 de la mañana, el alivio me recorrió como la morfina. Escribió: "joder, joder, joder, lo siento muchísimo. Me quedé dormida". Le contesté: "Me alegro de que estés bien, pero la próxima vez, nada de silencio de radio. Recuerda: no estás sola".

Lo que sorprende a la mayoría de la gente es cuando les digo que no es el sexo con otros hombres lo que me molesta. El sexo es la parte fácil, la parte divertida. Es lo que el sexo conecta, lo que representa, lo que revela que puede ser difícil. No quiero que se enamore de nadie más, y cada vez que tiene una cita, me enfrento a la posibilidad de que lo haga. Ocurrió al principio: La primera persona con la que salí después de abrirnos se enamoró perdidamente de ella, y mi mujer, abrumada por su ardor, intentó corresponderle. Al verlo, me sentí confuso, enfadado y aterrorizado de que quisiera dejarme. Ella me aseguró que no era así, y que lo que sintiera por él no disminuía lo que sentía por mí. Creerla entonces fue el último ejercicio de confianza. Sobrevivimos porque al final le creí, y también porque aprendí a confiar en mí mismo.

Este ha sido el gran reto de mi matrimonio abierto: sacar fuerzas de la vulnerabilidad. Hacerlo requiere una confianza suprema en uno mismo. Primero tienes que quererte de verdad; es la base sobre la que se construye el resto del amor. De todas partes llega el mensaje de que lo que hago es para débiles, perdedores, fracasados, maricas; que, si tuviera dinero y estatus, podría mantener a mi mujer "a raya"; que su autodescubrimiento se produce a expensas de mi autoestima. Mi matrimonio abierto ha exigido mucho de mi capacidad para acallar la voz de la duda en mi cabeza, ese desgarrador sentimiento de inutilidad. Pero me doy cuenta de que puedo satisfacer esas exigencias y de que soy capaz de construir mi autoestima a partir nada más que de la dignidad básica que todos poseemos. Agradezco a mi mujer que nos empujara a dar este salto, y pase lo que pase en el

futuro, volvería a hacerlo. Y cuando llegue a casa esta noche y se meta en la cama a mi lado con una historia caliente sobre su cita con Paulo, también lo volvería a hacer.